

Los retos de la democracia en el contexto de los cambios de poder anticonstitucionales en África

Samuel Kale Ewusi

Director del Programa Regional de África en la UPEACE

Esther Lum Ndotu

Investigadora del Programa Regional de África en la UPEACE



Introducción

La independencia africana podría remontarse al 6 de marzo de 1957, cuando la Costa de Oro colonial se convirtió en el Estado soberano de Ghana, aunque otros expertos podrían situarla en 1956, cuando Túnez, Marruecos y Sudán se liberaron de la ocupación colonial. Sin embargo, la fecha más habitual para situar el inicio de la era de la soberanía africana es 1960, cuando al menos diecisiete países obtuvieron su independencia. Como describió claramente Ali Mazrui, «África es a la vez más que un país y menos que uno... África es un concepto preñado de los sueños de millones de personas» (Mazrui, 1993: 105).

África se considera una región constituida por Estados intercomunicados con objetivos comunes; el sueño panafricano es sorprendentemente sólido a pesar de sus carencias institucionales y sus decepciones

La colonización de África, surgida en Berlín en 1884/85, dio lugar a una serie de anomalías que afectaron tanto a la psique de la población africana como a la complejísima naturaleza del Estado africano independiente. El intento de emancipación sociopolítica y psicológica impulsó a autores clásicos y provocadores como Rodney (1974) y Fanon (1961), con diferentes perspectivas de lo que realmente ocurrió durante esa época de colonización (Rodney, 1974), y de lo que se podía hacer para salvar a África hacia la libertad y la descolonización (Fanon, 1961). Este intento de descolonización completa se ha visto obstaculizado por el fantasma siempre presente del neocolonialismo con las consecuencias que conlleva.

África se considera una región constituida por Estados intercomunicados con objetivos comunes; el sueño panafricano es sorprendentemente sólido a pesar de sus carencias institucionales y sus decepciones (Young, 2010). A lo largo de las seis décadas transcurridas desde su independencia, África ha experimentado una mezcla de fragmentación política y económica. El panorama político ha oscilado entre el multipartidismo de la independencia y las dictaduras de partido único con economías poco productivas, algunas de las cuales dieron lugar a golpes militares a finales de los años sesenta, setenta y ochenta. Sin embargo, la dinámica interna de las economías estancadas bajo las dictaduras militares y monopartidistas, así como la variable externa del colapso de la Unión Soviética, acabaron dando lugar a sistemas democráticos multipartidistas en los años 90, en lo que Huntington (1991) denomina la “Tercera Ola de la democracia”.

Tras una generación en que África ha experimentado la democracia liberal, los cinco factores causales de Huntington para el renacimiento democráticos se mantienen. Muchos Estados africanos siguen luchando por su soberanía y autonomía, lo que conduce a caóticos cambios en el poder inconstitucionales, y se producen con frecuencia golpes de Estado. Como explican muchos expertos, el continente africano se describe a veces como el centro mundial de la pobreza, con más de la mitad de su población viviendo por debajo de un dólar al día. Según la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África, la ralentización del crecimiento económico y la elevada inflación han afectado al crecimiento económico y aumentado la pobreza en el continente (United Nations, 2023)

Otras variables que contribuyen a la pobreza son el mal estado de las infraestructuras africanas, la fragilidad de los Estados y las economías asoladas por el terrorismo y las guerras. El informe de la CEPA (2023) sobre las condiciones económicas en África indica que “el crecimiento económico de África ha disminuido del 4,5% en 2021 al 3,6% en 2022” (UN, 2023).

La consecuencia de esta inercia económica es la aparición de 18 millones de nuevos pobres en el continente, una cifra que representa al 54,8% de todos los pobres del mundo. De hecho, los conflictos intraestatales por los recursos naturales, la corrupción, la malversación de fondos, el nepotismo y, sobre todo, los sistemas de gobernanza deficientes con procesos electorales corruptos han agravado estos niveles de pobreza y han convertido a África en un caso perdido de pobreza e inestabilidad. Con este macabro telón de fondo, este capítulo examina el estado de la democracia africana seis décadas después de la independencia y los impedimentos para su soberanía, que conducen a cambios inconstitucionales en el poder experimentados en varios países africanos en la actualidad.

Evolución de África desde su independencia

La evolución de África desde su independencia, trazada en un gráfico, presenta una frecuencia alternante a medida que se metamorfosea a lo largo de los años. África ha dado enormes pasos desde su exuberante momento de libertad a principios de la década de 1960, marcado por la idea del panafricanismo, la liberación y la autoconciencia, hasta un periodo de neocolonialismo y agitación sociopolítica con la introducción del multipartidismo en los años 90, que susurra la idea de autoestima, autodeterminación y soberanía. Sesenta años después de la soberanía estatal, una nube oscura permanece en el horizonte: la mayoría de los países africanos albergan y son el refugio de grupos terroristas en sus espacios no gobernados, luchan para hacer frente al azote de las enfermedades que cruzan las fronteras y dan cobijo a los refugiados que huyen de las guerras civiles y la pobreza extrema. Hoy se respira un optimismo renovado con cierto crecimiento económico en algunos países africanos, unido a una liberalización política que proporciona ciudadanía y seguridad a la ciudadanía, lo que ha espoleado un espíritu de soberanía y nacionalismo¹. En el África francófona, algunos de los países que culpan al neocolonialismo de sus problemas han recurrido a la ruptura con los pactos y normas coloniales, lo que ha dado lugar a numerosos cambios de poder inconstitucionales, especialmente en el África subsahariana.

La situación del continente africano ha cambiado radicalmente desde 1960. Los procesos de consolidación, diferenciación y transformación que han provocado que las sociedades africanas sean hoy mucho más complejas de lo que eran en el momento de la indepen-

¹ Desde agosto de 2020, África ha sido testigo de siete golpes militares en los últimos tres años. Estos golpes se han producido en Níger, Sudán, Guinea y Mali, donde se produjeron dos golpes militares en agosto de 2020 y mayo de 2021.

África está preparada para ocupar el lugar que le corresponde en los asuntos internacionales y es considerado el continente del futuro y la esperanza

dencia son polifacéticos. La mayoría de los intentos periodísticos de hacer balance de esta evolución en los últimos años se limitaron a los dos temas a través de los cuales hemos aprendido a ver África: la democracia y el desarrollo, o la falta de éste, es decir, la dictadura, el declive del Estado, la guerra civil, la pobreza y el hambre. Estas valoraciones negativas ignoran cuánto ha cambiado el continente africano en los últimos 60 años, no solo desde el punto de vista político y económico, sino también, y quizás, sobre todo, en términos sociales y culturales. El desarrollo de las condiciones políticas en África se ha ramificado en muchas direcciones diferentes desde el auge de la democratización de la década de 1990 (Bierschenk et al., 2010). La tendencia hacia la descentralización política surgida en la década de los noventa, se ha traducido en una mayor consolidación de la estatalidad. Los Estados han intentado –no necesariamente con éxito– intervenir de una manera sin precedentes en los asuntos de la sociedad a través de diferentes reformas. En la actualidad, las estructuras que han consolidado la estatalidad se enfrentan a una sociedad civil revitalizada, que se encontraba en sus primeras fases en 1960. Muchos países africanos experimentaron las primeras fases de su industrialización después de 1960; sin embargo, el proceso volvió a decaer a raíz de la crisis económica desencadenada por la crisis del petróleo de 1973. El resultado de esta fue la creciente marginación económica de las economías africanas a nivel global. Por lo tanto, si echamos la vista atrás a 1960, el continente africano fue testigo de dos realidades contrastadas al mismo tiempo: el entusiasmo por la libertad y la liberación; y los problemas de los Estados independientes para trazar su propio rumbo. Los problemas de discriminación racial, subdesarrollo económico, inestabilidad política, tensiones étnicas y falta de mano de obra cualificada siguieron planteando dificultades para los Estados africanos después de 1960.

La euforia de la independencia fue rápidamente sustituida por la constatación de las complejidades que esta trajo consigo, lo que dio paso rápidamente al pesimismo. Sin embargo, en el nuevo milenio y gracias al crecimiento económico, la relativa estabilidad política y el desarrollo social, África está preparada para ocupar el lugar que le corresponde en los asuntos internacionales. El continente está trazando con confianza su propio rumbo, ha alcanzado mayor protagonismo en los asuntos mundiales y, de hecho, es considerado el continente del futuro y la esperanza. Como dice el escritor camerunés Patrice Nganang (2010), lo que el África contemporánea necesita hoy tras la independencia es un paradigma de independencia que podría describirse como “soberanía discursiva”.

La aparición del fenómeno de los golpes de Estado y las dictaduras de partido único en África

De los 492 intentos de golpe de Estado llevados a cabo en todo el mundo desde 1950, África ha sido testigo de 220 –de los cuales 109 tuvieron éxito–, el mayor número de cualquier región (Powell & Thyne, 2011). Tres dinámicas principales han caracterizado los golpes de Estado en África. En primer lugar, la distribución desigual de su frecuencia, con oleadas intermitentes relacionadas con el estado de la gobernanza en los distintos Estados. En segundo lugar, las causas de cada golpe, sus desencadenantes, actores y consecuencias finales varían significativamente de uno a otro, lo que ha dado lugar a diversas dinámicas nacionales de transición y enfoques de gestión para abordar el impacto de los golpes en los distintos países. Por ejemplo, la forma en que la Unión Africana gestionó el golpe de 2014 que derrocó al entonces presidente Blaise Compaóre en Burkina Faso difirió notablemente de cómo se abordó el acontecimiento egipcio de 2013. Del mismo modo, la reciente oleada de golpes de Estado se está gestionando caso por caso. La tercera de estas dinámicas tiene que ver con el endurecimiento de las respuestas regionales y continentales que a menudo han contenido esta tendencia hasta el surgimiento de una nueva oleada de golpes de Estado (Informe del SSI, 2023). La aparición de golpes de Estado en África durante las últimas seis décadas ha estado directamente relacionada con la naturaleza y la evolución de la política y las respuestas ciudadanas a los mismos, lo que se debe a la primacía de la política en la aparición y perpetuación de las numerosas variables que subyacen a los agravios entre los ciudadanos.

Las tres grandes oleadas de golpes de Estado posteriores a la independencia tienen motivaciones primarias, perfiles de actores y consecuencias diferentes, lo que define hasta qué punto los golpes han evolucionado con el tiempo. El contexto político inmediatamente posterior a la independencia generó una primera oleada golpista entre los años sesenta y setenta, en una época en la que se produjo el derrocamiento de líderes de la liberación posindependentistas cuya visión política y orientación ideológica entraban en conflicto con los intereses de las principales potencias coloniales. A esto se sumó el fracaso de los líderes a la hora de satisfacer las aspiraciones económicas y de desarrollo de los ciudadanos. Dada la intensa rivalidad entre superpotencias durante la Guerra Fría y la aparición de Estados unipartidistas y dictaduras, la actuación de los altos mandos militares se vio influida por un conjunto de cuestiones. Tras el fracaso de los líderes africanos de la década de los ochenta, en su mayoría militares, a la hora de cumplir sus promesas, abrazar la democracia y satisfacer las necesidades socioeconómicas de los ciudadanos, surgió

El papel central del fracaso de las élites políticas a la hora de satisfacer las expectativas de la ciudadanía y el déficit de gobernanza explican los golpes de estado contemporáneos

una nueva oleada de golpes de Estado entre 1990 y 2001. Aunque su motivación era similar a la de la primera oleada, ésta estuvo dirigida en gran medida por oficiales militares de rango medio que justificaban su actuación, como una respuesta a esta gestión económica. Esta oleada, sin embargo, sólo representó el 14% de las muertes de líderes y se caracterizó por una reducción comparativamente significativa del nivel de abusos contra los derechos humanos asociados a los golpes de Estado. A pesar de ello esta supuso una grave amenaza para la seguridad de muchos líderes africanos y puso en peligro la democracia, que se estaba desarrollando en el continente. En consecuencia, a finales de la década se endurecieron las normas regionales y continentales, lo que se tradujo en la decisión de Argel sobre los cambios inconstitucionales de gobierno y la posterior adopción de la Declaración de Lomé de 2000. La primera prohibía a los golpistas asistir a las cumbres de la Organización para la Unidad Africana, mientras que la segunda se pronunciaba sobre los cambios inconstitucionales de gobierno (UCG), definiendo una política de tolerancia cero contra los golpes de Estado. Los resultados de estas respuestas, junto con la extensión de la democracia, redujeron significativamente el número de golpes y supusieron el fin de esta segunda oleada.

Desde 2021, África ha experimentado una tercera oleada de golpes de Estado –en Sudán, Malí, Guinea, Burkina Faso, Níger y Gabón– con características distintas a los golpes que sucedieron durante las décadas anteriores. En primer lugar, se ha producido un cambio en la motivación de estos golpes. Algunos de estos se vinculan con un problema de retroceso democrático relacionado con: la manipulación de las constituciones nacionales y la ampliación de los mandatos; los resultados electorales amañados; el deterioro de la seguridad y el aumento del sentimiento anticolonial, entre otros elementos. La complejidad de estos problemas y la forma en que se han manifestado han variado de un país a otro. Los golpistas de Níger, por ejemplo, afirman estar motivados por “el continuo deterioro de la situación de seguridad y la mala gestión social y económica”. En Guinea, la Junta acusó a Alpha Conde de “mala gestión, corrupción y mala gobernanza”. Aunque algunos golpes de Estado, especialmente los de Guinea y Gabón, se han presentado como intentos de restaurar la democracia, los motivos y los resultados reales son más complejos y variados.

Los recientes golpes de Estado en Guinea, Níger y Gabón han sido orquestados por los guardias presidenciales de élite y no por el ejército. Esto pone de relieve la segunda característica de los golpes de Estado modernos, ya que estos se han producido en países africanos francófonos donde los guardias presidenciales suelen estar más armados y mejor entrenados que el ejército regular. Mientras que la dimensión internacional de los golpes anteriores se centraba en gran

medida en las manos ocultas de potencias externas, los golpes recientes han tenido un trasfondo de sentimiento antiimperialista entre los ciudadanos, sobre todo contra Francia. En Malí, esto se tradujo en la expulsión de las tropas francesas, un caso similar al de los disturbios que tuvieron lugar en Níger. Por el contrario, el uso de fuerzas de mercenarios extranjeros –como el Grupo Wagner– para asegurar el país ha aumentado tras los golpes en Malí y Burkina Faso, con expectativas similares en Níger. Los golpistas también se han resistido a la aplicación de las normas regionales y continentales contra las UCG y, en Níger, han rehuído los compromisos con la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO). También es importante tener en cuenta la “alianza golpista” entre Gabón, Níger y Burkina Faso, basada en la solidaridad y la lealtad mutua.

En el caso de Níger, Burkina Faso, Guinea y Malí se comprometieron a apoyar a la junta y amenazaron con tomar represalias contra la propuesta de intervención militar de la CEDEAO. Aunque estas dinámicas distinguen los golpes contemporáneos de los anteriores, no se puede descartar el papel central del fracaso de las élites políticas a la hora de satisfacer las expectativas de los ciudadanos y el déficit de gobernanza como sus principales impulsores. Este hecho establece las similitudes entre los golpes pasados y presentes ya que, aunque hayan evolucionado, sus imperativos centrales de gobernanza siguen siendo el punto de apoyo en torno al cual gira su evolución. Así pues, aunque la tercera oleada define golpes de distinto tipo, se trata, en esencia, de una misma amenaza con diferentes matices.

La tercera ola democrática africana y la democracia electoral

La democracia ha sido una propuesta empíricamente desafiante, y a menudo teóricamente reprobable en la experiencia política del África poscolonial. Durante la mayor parte del período posterior a la independencia, la política africana estuvo dominada por todo tipo de sistemas políticos distintos a la democracia, sobre todo antes de la “tercera ola”, cuya transición comenzó a principios de la década de 1990. Al igual que en la Europa comunista, la dramática caída del Muro de Berlín en 1989 y la posterior desaparición del socialismo soviético sirvieron de catalizador para un cambio político drástico en África.

Dos acontecimientos históricos que tuvieron lugar en febrero de 1990 –la destitución pacífica del régimen de partido único en Benín y la liberación de Nelson Mandela en Sudáfrica– abrieron las puertas a las transiciones de la tercera ola. Benín celebró en 1991 sus primeras elecciones multipartidistas que transfirieron pacíficamente el poder

a un partido de la oposición. En los cinco años siguientes, más de dos tercios de los cuarenta y siete países celebraron elecciones multipartidistas. En 1997, sólo quedaban cuatro Estados que no habían llevado a cabo elecciones multipartidistas de transición. Según Salih O. Noor (2016), las transiciones de la tercera ola en África se diferenciaron en cuatro aspectos principales que tuvieron consecuencias negativas para su consolidación.

Esto se debe a que el éxito de estas transiciones y la subsiguiente democratización dependen en gran medida de la identidad y la relación entre los principales actores que promueven el cambio, como las élites del régimen antirreformista, las élites del régimen pro-reformista y la oposición liberal, así como de las modalidades del cambio, ya sean reformas graduales o radicales, y conciliatorias o confrontacionales. En primer lugar, las transiciones fueron desencadenadas por protestas masivas desde abajo, pero dirigidas sobre todo por los titulares desde arriba. Como tales, a diferencia de los pactos de élite que caracterizaron en cierta medida a la mayoría de los regímenes autoritarios burocráticos de transición de la tercera ola en los regímenes del sur de Europa, América Latina y la Europa comunista, los pactos políticos y el compromiso entre los partidarios de la línea dura del régimen y los reformistas fueron mínimos o estuvieron totalmente ausentes en la transición de los regímenes neopatrimoniales de África. En segundo lugar, las transiciones se desarrollaron siguiendo, por lo general, un patrón de protestas económicas motivadas por el deterioro del nivel de vida, seguidas de una escalada gradual hacia demandas politizadas de cambio de régimen. En un primer momento, las demandas democráticas quedaron relegadas a un segundo plano, y el impulso hacia un cambio político drástico decayó cuando las exigencias de reformas económicas se cumplieron o fueron apaciguadas con cautela por los versátiles titulares del poder. Estos dos patrones de transición tuvieron varias implicaciones decisivas para la democratización de África a largo plazo. Así, las transiciones de régimen producen legados duraderos que no sólo determinan las posibilidades de consolidación democrática, sino también el éxito de la transición en primer lugar.

En tercer lugar, la influencia externa en forma de condiciones de ajuste y presiones para la celebración de elecciones multipartidistas vinculadas a la ayuda al desarrollo desempeñó un papel importante en estas transiciones. En retrospectiva, las transiciones en Kenia (1992) y Malawi (1994) fueron, por ejemplo, difíciles de concebir sin la suspensión de la ayuda por parte de los donantes y la exigencia de elecciones multipartidistas como reacción a la represión por parte de Moi y Banda de las protestas prodemocráticas. Por último, las transiciones de la región carecieron de la modulación y la difusión que caracterizaron a las amplias revoluciones anticomunistas de los PECO y de los antiguos Estados soviéticos.

Las transiciones fueron desencadenadas por protestas masivas desde abajo, pero dirigidas sobre todo por los titulares desde arriba

Evidentemente, debido en parte a las drásticas transformaciones provocadas por la abrumadora rapidez y amplitud de las transiciones modulares, diez países de Europa Central y Oriental tenían constituciones relativamente liberales y cumplieron rápidamente los requisitos formales de la democracia en 1997, y algunos incluso redefinieron las constituciones e instituciones políticas posteriores a 1989 para alcanzar mayores niveles de democracia. Lejos de la democracia de tercera ola, la democracia electoral es lo que se observa hoy en África. Al llegar la tercera ola de democratización, se suponía que todos los países del continente se encontraban en una vía de transición unidireccional de la autocracia a la democracia. Sin embargo, muchos Estados africanos no han hecho más que celebrar elecciones periódicas multipartidistas y, en general, imitar las características democráticas, al tiempo que conservan diversas formas de gobierno no democrático. No obstante, comprender el estado de la democracia electoral es crucial para calibrar las posibilidades de democracia en África, ya que ésta puede, con el tiempo, si no invariablemente, conducir a una democracia plena, a su estancamiento o a su declive. Según una encuesta realizada por el Índice Ibrahim de Gobernanza Africana y otras encuestas mundiales, aunque África ha progresado desde 1990 en el desarrollo de una cultura democrática, tanto el multipartidismo y la gobernanza constitucional, como la calidad de la democracia electoral siguen siendo deficientes y, de hecho, puede afirmarse que están en declive².

El continente cuenta con los presidentes más longevos del mundo: al menos 18 de ellos han ocupado el cargo durante más de una década. Esto demuestra que la expansión cuantitativa de la democracia electoral en el continente en las dos últimas décadas no ha ido acompañada de un aumento cualitativo. Incluso en aquellos países en los que se han producido varias mejoras significativas en algunos atributos de la democracia electoral, esto se ve a menudo anulado por graves descensos en otros aspectos. Por ejemplo, la mayoría de los indicadores de democracia electoral del Índice Ibrahim muestran que los resultados de los países africanos están por debajo del 50%. Desde una perspectiva global, el Índice de Democracia muestra que África, con una puntuación continental media de 4,36 en 2018 en comparación con una media mundial de 5,48, y una puntuación continental media de 4,31 de 2006 a 2018 en comparación con una media mundial de 5,51, ha obtenido sistemáticamente resultados inferiores a la media mundial³. Aunque las puntuaciones muestran una disminución tanto a nivel mundial como en África durante estos períodos, África, con siete de los 15 países con la puntuación más

² Según la Fundación Mo Ibrahim, no es sorprendente que el Índice de democracia (Democracy Index) de la Unidad de Inteligencia de The Economist afirme que menos del 50% de los países africanos son democracias.

³ Como afirma la Unidad de Inteligencia de The Economist en Índice de Democracia (Democracy Index) el hecho de que tantos presidentes hayan estado en el poder de forma continuada durante más de una década plantea serias dudas sobre la calidad de la democracia en esos países.

El continente cuenta con los presidentes más longevos del mundo: al menos 18 de ellos han ocupado el cargo durante más de una década

baja del mundo, tiene la mayor concentración de regímenes autoritarios del mundo (Electoral Integrity Project, 2021).

Entendida la integridad electoral como la unidad de medida para evaluar la conformidad con las normas internacionales que rigen la celebración de elecciones, la puntuación global de la Percepción de Integridad Electoral (PEI) en África fue de 58 durante el periodo 2012-2014, una cifra que se sitúa notablemente por debajo de la media mundial, de 64,33. En uno de los últimos informes, basado en un estudio de todas las elecciones presidenciales y parlamentarias nacionales celebradas entre el 1 de julio de 2012 y el 31 de diciembre de 2018, la puntuación de la PEI para África no solo volvía a ser la más baja, sino que se había deteriorado hasta alcanzar los 46 puntos. Con puntuaciones PEI de 24 cada uno, Burundi, Etiopía y Guinea Ecuatorial fueron los países con la calificación más baja de las elecciones en cualquier parte del mundo.

A pesar de la expansión de la democracia en África, el retroceso democrático y la fragilidad democrática van en aumento. Muchos países del continente tienen democracias frágiles y son propensos a retroceder a la hibridez o a la ruptura con la no democracia. De hecho, según los Índices GSoD, el continente alberga más de tres cuartas partes de las democracias más frágiles del mundo. El retroceso es cada vez mayor debido al debilitamiento de los controles sobre el gobierno y al declive de las libertades civiles. Este ha sido, por ejemplo, el caso de Tanzania y Zambia, que retrocedieron a regímenes híbridos en 2018 debido al deterioro del entorno político (Gromping y Martínez, 2021). La erosión democrática y el retroceso se están produciendo no solo en países que han obtenido sistemáticamente malos resultados en todos los indicadores, sino también en aquellos que han obtenido regularmente buenos resultados, como Botsuana, Cabo Verde, Namibia y Sudáfrica. La espiral descendente se agravó entre 2013 y 2017⁴. Por ejemplo, desde el fin del apartheid en 1994 y el inicio de una nueva era de democracia multipartidista, Sudáfrica ha experimentado un declive o estancamiento no solo en algunos de los atributos de la democracia electoral, sino también en sus niveles de participación electoral. La participación electoral era del 88% en 1999, habiendo descendido a un alarmante 65%, lo que representa un descenso del 20% en 20 años. Esto ocurre en muchos países africanos, ya que cada vez más ciudadanos han perdido la esperanza en el proceso electoral de sus países. Esto, por supuesto, conduce a la ilegitimidad del proceso electoral y, por tanto, a conflictos postelectorales y a cambios inconstitucionales en el poder en la mayoría de los Estados del África subsahariana (Norris & Gromping, 2019).

⁴ Otros estudios han llegado a conclusiones similares. Véase como ejemplo: Elena Gadjanova, 'Democracy in Decline in Africa' (Max-Planck-Gesellschaft, 18 September 2018); Christopher Fomunyoh, 'Facing Democratic Backsliding in Africa and Reversing the Trend Democratic' y Lise Rakner, 'Democratic Rollback in Africa' (Breaking BAD: Understanding the Backlash Against Democracy in Africa, 2019).

El efecto de los jóvenes, las mujeres y la tecnología en el reto democrático de África

Se dice que la tecnología y la llegada de las redes sociales han hecho del mundo una aldea global. Esto se observa en África, donde jóvenes de ambos sexos utilizan activamente las nuevas tecnologías para educar, compartir información y movilizarse, por citar sólo algunos ejemplos. Por ejemplo, los recientes golpes de Estado en la región del Sahel están orquestados por comandantes militares jóvenes que representan a los jóvenes de sus respectivos países. Hay más de mil millones de jóvenes en todo el mundo, de los cuales cerca del 80% representan a la juventud de los países en desarrollo, especialmente de los países africanos. Los jóvenes de África representan más del 60% de su población total, es lo que los demógrafos denominan aumento demográfico (Unión Africana, 2017; Eбата et al., 2005). Recientemente, con la llegada de las nuevas tecnologías, los hombres y mujeres jóvenes de África han constituido una importante fuerza política y han desempeñado una amplia gama de funciones en el ámbito político como votantes, activistas, miembros de partidos, parlamentarios, ministros, “soldados rasos” de partidos y *apparatchiks*. Aunque los partidos políticos, los gobiernos y otros líderes políticos a menudo explotan la actividad política de los jóvenes, su participación en la política tanto a nivel local como nacional ha sido significativa.

Las opiniones y las acciones de los jóvenes y mujeres africanos sirven de barómetro de la vitalidad y el potencial político y económico del continente. Su opinión es una medida del fracaso o el éxito de los sistemas políticos (Makmid K., 2023). En la literatura académica y en los documentos políticos, los jóvenes son retratados, por un lado, como “la esperanza del futuro” y, por otro, como un grupo desfavorecido y vulnerable. Sin embargo, la difusión de los medios sociales ha creado un espacio político alternativo para los jóvenes. Existe una participación activa de los jóvenes, especialmente de las mujeres, en la política y en los procesos democráticos (Ranford & Nana, 2019). Así, la juventud africana es una fuerza política fuerte, lo que ha quedado demostrado recientemente por la participación masiva de jóvenes en la Primavera Árabe y otros movimientos de protesta política, resistencia y revuelta en Burkina Faso, Senegal, Níger, Togo y Sudáfrica, entre otros países.

Sin embargo, la actividad política de los jóvenes no es un fenómeno novedoso: los jóvenes desempeñaron un papel político en las sociedades africanas precoloniales y fueron la vanguardia de los movimientos independentistas y de la lucha contra el apartheid en el siglo XX. Según Kudakwashe. B. (2024), los jóvenes africanos ven la democracia desde su utilidad cotidiana –la diferencia que marca



El desempleo juvenil continúa siendo un desafío para la seguridad en África, impulsando a los jóvenes hacia la violencia y la delincuencia

en su vida diaria—, que se convierte en la base de su compromiso e interacción. La Unión Africana, a través de su “Consulta Continental Anual de la Juventud de 2021”, señaló que los jóvenes aspiran a participar en la gobernanza democrática y en los procesos políticos. Cuando se les priva de sus derechos, crean sus propias plataformas utilizando las redes sociales y otros medios de convergencia alternativa. Cuando los jóvenes se sienten excluidos del espacio democrático o cuando su participación no supone ninguna diferencia en su condición, entonces algunos pueden recurrir a formas alternativas de acción social. Otros pueden abandonar la política, pero en ambos casos perjudican a la democracia y al Estado de Derecho. Un ejemplo de esta experiencia es la banda Mungiki de Kenia, originada por la privación de derechos sociopolíticos. Además, explica que las causas de estos cambios inconstitucionales de gobierno son variadas, entre ellas podemos destacar la decepción con la democracia electoral, que reelige a las mismas élites o, cuando cambian los gobiernos, no consiguen cambiar la situación de los jóvenes. También existe frustración por la injerencia política en las Fuerzas Armadas y la corrupción generalizada, así como por la escasa representación de las mujeres en la toma de decisiones, lo que supone un riesgo para la paz. Según un estudio de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la tasa de desempleo juvenil en el Norte de África ascendía al 23,7% en 2009 y se estima que se ha mantenido en torno al mismo nivel en 2010. Esta cifra duplica la del África Subsahariana, donde la tasa de desempleo juvenil fue del 11,9% en 2009 (Oficina Internacional del Trabajo, 2010). El desempleo juvenil continúa siendo un desafío de seguridad en África, impulsando a los jóvenes hacia la violencia y la delincuencia. En este contexto, dado que los jóvenes representan un elemento crucial para la democratización, pueden convertirse en protagonistas de la violencia y ser vulnerables a participar en conflictos armados, como lo demuestran los casos de niños soldados en países como África Central, Liberia, Sudán, Uganda, Sierra Leona, la República Democrática del Congo y otros países del continente africano (Gedion G. Jalata, 2014).

La bibliografía disponible sugiere que el desempleo en la mayoría de los países africanos, especialmente en la región del Sahel, desencadena numerosos golpes de Estado. Por ello, la reciente frecuencia de golpes de Estado en África, con siete en los últimos tres años, ha suscitado debates sobre la incapacidad de la democracia, tal y como se practica en la actualidad, para destituir a los líderes políticos, a pesar del descontento a gran escala. Cuando ocurre un golpe se violan fundamentalmente los principios constitucionales, lo que lo convierte en ilegítimo.

Por tanto, los jóvenes y las mujeres perciben la democracia electoral en África como inadecuada, ya que los mismos líderes son reelegi-

dos desde hace más de tres décadas. Como afirma Makmid Karama (2023), los jóvenes africanos no se benefician de los dividendos de la democracia, es decir, el respeto del Estado de Derecho y la provisión de servicios socioeconómicos básicos esenciales, entre otros. Para ellos, la democracia aún no ha resuelto los problemas básicos de la juventud en África. El continente está experimentando un “Youthlash”, que se refiere a la reacción profundamente arraigada y adversa de la población juvenil contra los modelos actuales de democracia. Es la respuesta colectiva, a menudo no planificada pero generalmente comprendida, de la juventud para boicotear los sistemas de gobierno y las estructuras de liderazgo de la sociedad.

En África, esto se manifiesta de múltiples maneras. En primer lugar, a través de una reticencia general a comprometerse con la política o los procesos políticos asociados a la democracia, y, en segundo lugar, mediante la violencia directa o el apoyo a acciones violentas emprendidas por otros. Tomando como ejemplo los recientes golpes de Estado mencionados anteriormente, la democracia es percibida negativamente entre los jóvenes y las mujeres africanas, ya que no ha proporcionado los dividendos esperados de una buena gobernanza económica democrática.

De hecho, casi todos los líderes de los regímenes militares en África Occidental y Central tienen entre 35 y 45 años. Salvo uno de ellos, todos tienen menos de 50 años. Por ejemplo, el líder militar de Burkina Faso es el capitán Ibrahim Traore, de 35 años. Sus homólogos maliense y guineano, el coronel Assimi Goita y el coronel Mamady Doumbouya, tienen alrededor de 40 años. Lo que todos estos hombres tienen en común es que han reemplazado a políticos civiles de mayor edad que han frustrado o intentado truncar uno u otro proceso democrático en sus respectivos países.

En el caso de Guinea, por ejemplo, el coronel Mamadou Doumbouya arrebató el poder al profesor Alpha Conde, de 86 años. Dos años antes del golpe, el profesor Conde había modificado la constitución de su país para poder presentarse a un tercer mandato. Tras el referéndum, el profesor Conde utilizó a los mismos militares que lo destituyeron para disparar y herir a grupos de jóvenes que cuestionaban los resultados del referéndum. Muchos de ellos salieron a las calles dos años después para celebrar la destitución del presidente Conde y recibieron con los brazos abiertos al joven coronel Doumbouya.

Sin embargo, las actuales manifestaciones de Youthlash contra la democracia pueden ser las más temibles y peligrosas. Esto se debe principalmente a que los jóvenes ahora disponen de herramientas tecnológicas y de movilización que no estaban disponibles para generaciones anteriores.



Conclusión: el futuro de la democracia en África

El resurgimiento de los golpes militares en la política africana supone un reto para la democracia y pone de manifiesto la fragilidad del proceso de democratización que ha tenido lugar en África. En el período comprendido entre los años sesenta y ochenta, numerosos gobiernos elegidos democráticamente fueron derrocados por fuerzas militares, como los golpes de Benín, Ghana, Nigeria y Uganda, entre otros (Clark, 2007). A juzgar por la reciente oleada de golpes de Estado, la democracia parece encontrarse en un estado muy frágil en África. Durante mucho tiempo, África ha disfrutado de una relativa estabilidad en su proceso de democratización. Sin embargo, este largo periodo de estabilidad está siendo cuestionado de nuevo, pues ya se han producido siete derrocamientos con éxito de gobiernos elegidos democráticamente en Chad, Mali (dos golpes), Guinea, Sudán, Burkina Faso, Gabón y Níger entre 2021 y 2023, además de los ataques fallidos.

África ha disfrutado de una relativa estabilidad en su proceso de democratización. Sin embargo, este largo periodo de estabilidad está siendo cuestionado de nuevo, pues ya se han producido siete derrocamientos con éxito de gobiernos elegidos

Asimismo, cabe señalar que las recientes oleadas golpistas en África han estado dominadas por Estados de África Occidental: Níger, Mali, Burkina Faso y Guinea. A diferencia de lo que ocurría en el pasado, cuando los ciudadanos recibían los ataques contra gobiernos elegidos democráticamente con descontento y desaprobación, los recientes golpes de Estado, por muchas razones, han sido recibidos con apoyo y aceptación por parte de los ciudadanos mediante celebraciones en las calles y mensajes de apoyo en las redes sociales (Christian Nzubechi Akubueze, 2024). Los ciudadanos han salido en masa a las calles para hacerse *selfies* con los soldados y animarlos en señal de apoyo. Algunos han llegado incluso a publicar mensajes de apoyo en las redes sociales. Por ejemplo, tras el golpe de Estado del 26 de julio en Níger, los ciudadanos llenaron los estadios en apoyo del gobierno militar. En Gabón, la gente salió a la calle en la capital del país, Libreville, para vitorear a los soldados y celebrar el derrocamiento del gobierno (Falola, 2022).

Esta reciente y cálida acogida a las tomas de poder militares y el respaldo a los golpes de Estado por parte de ciudadanos de algunos países africanos ha sido causada principalmente por la decepción tras la promesa de que la democracia traería prosperidad y mejoraría las condiciones de vida. Esta opinión es respaldada por Chigozie y Oyinmiebi (2022), quienes afirmaron que no es sorprendente ver a la ciudadanía celebrar las actuales oleadas golpistas dada la variedad de casos de malos índices de gobernanza en toda África, como la corrupción, la falta de elecciones libres, justas y creíbles, y la creciente crisis de seguridad. “La protesta popular que estalló en muchas partes de África en 2021 reflejaba en parte la creciente alienación de los jóvenes, quienes aspiran a mejores condiciones de vida y oportunidades económicas”.

Aunque “el resurgimiento de los golpes de Estado y el recrudecimiento de las intervenciones militares en toda África violan directamente los principios democráticos y representan una amenaza para la paz, la estabilidad y la seguridad en el continente” (ORF, Observer Research Foundation, 2022), el fuerte apoyo de la población socava a los líderes depuestos. Como afirmaron Odigbo, Ezekwelu y Okeke (2023), la aceptación y el apoyo a la democracia, especialmente durante la tercera ola democrática de la década de 1990, se derivan de la conciencia y el deseo de la población de garantizar la rendición de cuentas, la equidad y la justicia, algo que no ha ocurrido con los líderes depuestos.

Se espera que estos atributos de la democracia proporcionen la mayor felicidad a un mayor número de personas en la sociedad (Odigbo, Ezekwelu & Okeke, 2023). En línea con esto, al observar la oleada golpista y el apoyo popular de los ciudadanos, es una señal de la insatisfacción de los ciudadanos con el desempeño de la democracia y su incapacidad para incorporar estos principios democráticos para proporcionar felicidad a la gente. Explicando la implicación del resurgimiento golpista en África Occidental en África a partir del problema del contagio, Falola (2022) afirmó que cuando se produce un golpe militar en una zona de una región, existe la posibilidad de que países de otras zonas de la región también recurran a él. Los golpes militares en África Occidental provocan una sensación de legitimidad y estímulo en otras regiones de África.

El futuro de la democracia en África es, en el mejor de los casos, sombrío, salvo que se tomen medidas drásticas. Sin embargo, África no es un caso perdido de democracia fallida. La democracia debe profundizarse en lugar de limitarse a elecciones periódicas. Los organismos de gestión electoral deben ser independientes para organizar elecciones libres, justas y creíbles, y los poderes judiciales tienen que ser independientes, lo que no ocurre en la mayoría de los países africanos que se enfrentan a golpes militares.

Referencias bibliográficas

African Union (2017): *State of Africa's population report*. Addis Ababa, African Union.

Mazrui, A. (1993): *General History of Africa VIII: Africa Since 1935*, Paris, UNESCO.

Bierschenk, T. y Spies, E. (2010): “Introduction: Continuities, Dislocations and Transformations: 50 Years of Independence in Africa”, *Africa Spectrum*, 45 (3), pp. 3-10.

Chigozie, C. F., y Oyinmiebi, P. T. (2022): “Resurgence of military coups in West Africa: Implications for ECOWAS”, *African Journal of Social Sciences and Humanities Research*, 5(2), pp. 52-64. DOI: 10.52589/AJSSHR-W9F5VAXE

Nzubechi Akubueze, C (2024): "Democracy's Discontent and the Resurgence of Coups in West Africa: Implications for Africa", *African Journal of Law, Political Research and Administration*, 7(1), pp. 14-24. DOI: 10.52589/AJLPRAUNWJTJEN

Clark, J. F. (2007): "The decline of the African military coup", *Journal of Democracy*, 18(3), pp. 141-155. DOI: 10.1353/jod.2007.0044

Crawford, Y. (2010): *The Post Colonial State in Africa: Fifty years of Independence*, Madison, University of Wisconsin Press.

Falola, T. (2022, January 29). Are coups back in Africa? <https://www.premiumtimesng.com/opinion/508569-are-coups-back-in-africa-by-toyinfalola.html>

Fanon, F. (1961): *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press.

Jalata Gedion, G. (2014): *Challenges and Opportunities of Youth in Africa* June, Economic Commission for Africa, 6, pp. 537-542.

Organización Internacional del Trabajo (2010): *World of work report 2010*, Genova, Organización Internacional del Trabajo.

Bandama, K. (2024): "Can African youth play a leading role in defending democracy and working for change within constitutional democracies", *ACCORD*, 28 de marzo. Disponible en: <https://www.accord.org.za/analysis/can-african-youth-play-a-leading-role-in-defending-democracy-and-working-for-change-within-constitutional-democracies/>

Kamara, M. (2023): "The rise of youthlash: African Youth and the Democracy Dilemma", *Atlantic Fellows*, 8 de noviembre. Disponible en: <https://afsee.atlanticfellows.lse.ac.uk/en-gb/blogs/the-rise-of-youthlash-african-youth-and-the-democracy-dilemma>

Max Gromping and Ferran Martinez I Coma, 'Electoral Integrity in Africa' (Electoral Integrity Project, 2021) accessed 1 March 2021. It should be noted that the PEI index summary scale ranges from 0-100.

Odigbo, J., Ezekwelu, K. C., y Okeke, R. C. (2023): "Democracy's discontent and the resurgence of military coups in Africa", *Journal of Contemporary International Relations and Diplomacy*, 4(1), pp. 644-655. DOI: 10.53982/jcird.2023.0401.01j

Norris, P. y Grömping, M. (2019): *Electoral Integrity Worldwide*, The University of Sydney.

Powell, J. y Clayton T. (2011): "Global Instances of Coups from 1950-Present", *Journal of Peace Research*, 48(2), pp. 249-259.

Huntington, S. (1991): *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.

O.Noor, S. (2019): "Third Wave Democratization in Post-Cold War Africa: The Rise of Illiberal Democracy in Comparative Perspective", *CEU Political Science Journal*, 10 (1), pp. 51-83.

United Nations (2023): Economic Commission Macro-Economic Report 2023. Addis Ababa, Ethiopia.

Rodney, W. (1974): *How Europe Underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture Publications.

Van Gyampo, E. y Akua Anyidoho, N. (2019): "Youth Politics in Africa", en Cheeseman, N. ed., *The Oxford Encyclopedia of African Politics*, Oxford, Oxford University Press.